

1. LA REVOLUCIÓN MUNDIAL DE LOS AÑOS VEINTE

Antes de analizar el proceso colombiano, es preciso destacar algunos puntos del contexto de la cultura política internacional de la década de los veinte, predecesora de la República Liberal. El mundo industrial vivía grandes transformaciones culturales; la primera de ellas, era el acelerado desarrollo urbano sin parangón y, con él, la aparición de las grandes masas aglutinadas por el mundo del trabajo, eje central de las nuevas sociabilidades, que necesariamente conducirían a la transformación de la cultura política. Hacia los años veinte Europa parecía una gran fábrica y sus imágenes primordiales eran las grandes chimeneas, las aglomeraciones y, en el caso de la política, la reaparición del ágora, la generalización del sufragio y de las luchas por los derechos civiles, las grandes huelgas y, a su vez, el surgimiento del caudillo orador, del gran demagogo con sus apelaciones al pueblo y movilizador de sus esperanzas.

Y aunque la cultura oral tuvo grandes desarrollos, el discurso escrito de la prensa política se convirtió en un vehículo de poder, soporte multiplicador de la cobertura, del análisis y de la propagación de las ideas, pero fundamentalmente de las consignas. Europa vivía una revolución de la cultura política, con un rasgo fundamental: el desprestigio de la democracia, a la que se culpaba de la inestabilidad económica y política, y América era su contemporánea, con sus propias angustias y particularidades; pero no cabe duda de que la crisis de la República era mundial.

La emergencia en Colombia de la prensa escrita tanto de la elites tradicionales como la llamada prensa obrera en las primeras tres décadas sería el primer síntoma de esa revolución cultural. Había una efervescencia de ideas y nuevas formas de participación y visibilización de nuevos actores, emergencia que nos puede dar luces sobre las profundidades de estos movimientos de ampliación de la cultura letrada, movimientos culturales y literarios, movimientos de jóvenes y estudiantes, clubes políticos, intentos de fundación de partidos obreros, organizaciones sociales y sindicales, movimientos campesinos e indígenas que eran resonantes en la politización

y la construcción de la plaza pública como escenario fundamental de la política y la cultura de masas del siglo XX, manifestación inequívoca de lo que los estudios suelen llamar modernización capitalista⁵⁶.

En los años veinte, la aparición de la radiodifusión y el altavoz sería el otro ingrediente que faltaba para la concreción del cuadro que transformó la vida cotidiana de las grandes mayorías en las sociedades del mundo; la magia de la radio y la amplificación electrónica de la voz iniciaban el camino de las grandes "audiencias" presenciales o remotas, y la política fue la receptora inmediata de estas tecnologías. El periodo entre guerras fue el espacio de confrontación de las ideologías, de la politización y la consolidación del proceso secular por la instauración de la ciudadanía alrededor de identidades nacionales, y el momento en que el mundo inició el camino hacia la polarización irreversible en el campo de la política, con más fuerza de la que había tenido hasta entonces. El desprestigio de la democracia, a tan solo un siglo largo de su reinstauración, unificaba a todos los sectores, con excepción obvia de los republicanos y demócratas; la crítica al liberalismo pasaba necesariamente por esa criba; la antidemocracia era el común denominador de comunistas y reaccionarios; así lo señalaban en 1912, en Italia, los precursores del fascismo, los fundadores del "sindicalismo revolucionario", seguidores de Georges Sorel:

[...]La democracia es el mayor error del siglo pasado. Si se quiere vivir, si se quiere trabajar, si se quiere poseer en la vida social las más altas garantías humanas para la producción y para la cultura, si se quiere conservar y acrecentar el capital moral, intelectual y material de la civilización, es absolutamente necesario destruir las instituciones democráticas⁵⁷.

En el campo ideológico, las redefiniciones ocasionadas por la Revolución de Octubre generaron un agudo proceso de polarización de los discursos. Si aceptamos la propuesta teórica de Barrington Moore⁵⁸, en este periodo histórico se presenta un acomodamiento ideológico alrededor de tres grandes proyectos de carácter mundial que escindieron irremediabilmente las naciones, los movimientos sociales y, en general, la humanidad: el primero, el proyecto republicano liberal, heredero de la Revolución Francesa, en crisis; en segundo lugar, aparecía con mucha fuerza el nuevo proyecto revolucionario socialista, y en tercer lugar, irrumpían numerosos matices y variantes de las llamadas derechas, que también eran una reacción frente a la modernidad; pero los más representativos para el periodo fueron los "modernismos reaccionarios", que a través del vehículo de los nacionalismos radicales agruparon los movimientos fascistas europeos que dominaron el panorama político hasta el final de la Segunda Guerra.

56 Un excelente trabajo que demuestra estas transformaciones es NUÑEZ, Luz A. *El Obrero Ilustrado, Prensa obrera y popular en Colombia, 1909-1929*. Bogotá, Universidad de los Andes, 2006.

57 "Declaration", *Cahiers du Cercle Proudhon*, N.º 1, enero-febrero de 1912, p. 1. Citado por STERNHELL, Zeev et al. *El Nacimiento de la Ideología Fascista*. Madrid, siglo XXI, 1994. p. 127.

58 MOORE, Barrington. *Los Orígenes sociales de la dictadura y de la democracia, el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*. Barcelona: Península, 1973.

La revolución cultural del fascismo

El fascismo surge de una verdadera revolución de la cultura política europea, cuyas repercusiones no han sido estudiadas sistemáticamente desde muchas aristas pero sobre todo desde la perspectiva de su impacto en América Latina⁵⁹. Hay unos rasgos fundamentales que delinear esa revolución cultural europea que afecta a todo el mundo: el enfrentamiento radical de dos ideologías políticas antagónicas que irrumpen y compiten en su capacidad revolucionaria en el plano de la cultura, y que son resultado, de un lado, de los nacionalismos fundamentales—especialmente del nacionalismo orgánico, tribal, preñado de racismo, biologicismo y darwinismo social—, y de otro, de la crítica a los valores fundamentales de la Ilustración—especialmente al racionalismo— y de una reacción frente al socialismo de dos maneras: el frontal anticomunismo y la antidemocracia.

Una de las fuentes intelectuales para el estudio de sus orígenes está en el revisionismo mutante de origen en los socialismos, particularmente en el denominado "sindicalismo revolucionario", impulsado por los contemporáneos y seguidores de un supuesto epígono de Marx, Georges Sorel⁶⁰, quien revisó sus tesis y su filosofía, para producir una confusa y radical doctrina en la que la violencia y la guerra eran la panacea, con una amalgama de ideas influenciadas eclécticamente por Henri Bergson y Federico Nietzsche, además de otros pensadores conservadores del siglo XIX; Sorel, antes de convertirse al marxismo, venía de círculos conservadores inspirados en Hipólito Taine y Ernest Renán, cuya influencia fue notoria en Italia.

Otras circunstancias que favorecieron el surgimiento del fascismo fue el clima europeo de resentimiento ocasionado por la Primera Guerra Mundial, quiebras y huelgas, hambrunas y en el caso germano, por la derrota de Alemania y el humillante "Pacto de Versalles", que alentó el nacionalismo, y el fortalecimiento de los movimientos obreros y socialistas, cuyo crecimiento desde el siglo XIX había culminado un proceso exitoso en el triunfo de la Revolución rusa de 1917, causando miedo entre los diferentes gobiernos y sectores de las clases medias y altas de algunos países europeos, y en general en el mundo; además, filosóficamente, contribuyó la emergencia de ideas irracionalistas, la obra de Nietzsche y de pensadores muy influyentes, como Oswald Spengler, que construyen un clima de "crisis de

59 Pocos estudios han profundizado en esta temática; a pesar de la amplia historiografía europea disponible muchos aspectos en relación con la difusión, organización, transformación cultural, siguen siendo insuficientemente explicativos. Todavía muchos historiadores nos preguntamos por las razones de esta rápida expansión intelectual, social y política que llevó al empoderamiento de estas doctrinas y sus consecuencias para la historia humana. Sternhell es, quizás, el historiador especialista en el tema que mejor lo ha esbozado para Europa. STERNHELL, Zeev et al. Op. cit. La escasez de estudios latinoamericanos es ostensible aunque hay trabajos nacionales sobre todo para el caso argentino. Recientemente se destaca: SACARZANELLA, Eugenia. *Fascistas en América Latina del sur*. Fondo de Cultura Económica, 2007.

60 Nació en la provincia francesa de Manche, Baja Normandía, de familia de comerciantes, estudió ingeniería y desde 1892 se hizo visible como intelectual con el Caso Dreyfus. Se insertó en grupos intelectuales italianos que lo relacionaron con personajes como Antonio Labriola, sus libros influenciaron el surgimiento del fascismo y fueron comentados por pensadores como Vilfredo Pareto, Benedetto Croce y Antonio Gramsci. Críticos contemporáneos consideran que fue un intelectual mediocre, mal lector de las grandes tesis económicas y filosóficas de su tiempo, pero exaltado por sindicalistas y militantes como el mismo Mussolini.

la República" y "decadencia de Occidente"⁶¹. En este contexto ubicaremos el florecimiento de las repúblicas española y colombiana de la década de los años treinta.

En el caso colombiano, la práctica política de los años veinte y treinta fue contemporánea de la crisis de la República. La forma como se construyó la recepción de las ideas europeas en los grandes discursos dominantes de los caudillos conservadores y liberales colombianos expresa que, a nuestra manera, tuvimos nuestros propios "Sorel" y "Spengler"; discursos como el "la Decadencia de Occidente" los podemos ver traducidos en "La bancarrota del liberalismo", de Laureano Gómez, y los grandes manifiestos nacionalistas de Hitler, Mussolini o Primo de Rivera pueden estar perfectamente sintetizados en los manifiestos de los jóvenes nacionalistas, de los nuevos "Leopardos" o, mejor, en el panfleto "No hay enemigos a la Derecha"⁶², para culminar en el discurso antiliberal que sintetizó Laureano Gómez en la metáfora de "El basilisco".

Es un proceso en el que pretendemos demostrar cómo los conservadores construyeron un imaginario colectivo que imputa una revolución a la República Liberal, a partir de la llegada de Enrique Olaya Herrera a la presidencia (1930), a quien se quiere derrocar de muchas maneras, especialmente a través de la frustrada estrategia de guerra con el Perú; imaginario que luego se acentuó con la "revolución en marcha" de Alfonso López Pumarejo, y llegó al paroxismo con la reelección de este y el ascenso del gaitanismo, en un proceso que, según esa visión, los llevó a restaurar el orden, como se sintetiza magistralmente en el título de uno de los ensayos que mejor refleja esta visión justificadora del camino violento hacia el 9 de abril de 1948 y la violencia posterior: "De la Revolución al orden nuevo"⁶³, donde el orden nuevo es la constituyente corporativista que se pretendió aprobar en el gobierno de Laureano Gómez.

La gran crisis y la revolución imaginada

En el plano internacional, los comienzos de la República Liberal colombiana estuvieron marcados, principalmente, por dos hechos: la crisis mundial del capitalismo y la guerra contra el Perú. La gran depresión fue el gran marco del malestar de todas las sociedades del planeta, con su desempleo, sus movilizaciones sociales y el surgimiento de medidas que llevaron en algunos países al llamado "Estado de Bienestar", mientras que en América Latina dieron pábulo al auge de los paliativos populistas y a las respuestas de las izquierdas y las derechas, apelando al pueblo, cada una con sus proyectos ideológicos enfrentados, lo cual será en adelante referencia obligada y telón de fondo.

61 SPENGLER, Oswald. *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una Morfología de la Historia Universal*. Madrid, Espasa-Calpe, 1944-1947. Sus tomos fueron publicados en 1918 y 1922, respectivamente.

62 VILLEGAS, Silvio. *No hay enemigos a la derecha*, Casa Editorial Arturo Zapata, Manizales, 1937.

63 AZULA BARRERA, Rafael. *De la revolución al orden nuevo, proceso y drama de un pueblo*, Bogotá, Kelly, 1956.

La guerra contra el Perú sería en Colombia el pretexto perfecto para la circulación temprana de los discursos de la guerra y de las teorías más radicales de las derechas europeas acerca de la sociedad; esos discursos llegaron para encender el patriotismo en la hora de la invasión del trapecio amazónico, pero una vez terminó la coyuntura se transformó en frontera imaginaria frente a los contrincantes del partido contrario; la consigna de los nacionalistas de "delinear las fronteras con sangre", al fracasar la estrategia de guerra, y ante la frustración fanática de no poder enfrentar a la nación enemiga, se transformó en fronteras imaginarias interpartidistas que contribuyeron a profundizar la brecha en la construcción discursiva del enemigo.

Tal vez ello nos ayude a explicar la muy temprana radicalización de la confrontación verbal de las derechas, en comparación con otros países donde la llegada de los discursos fascistas fue más atemperada y tardía. Centrando la atención en el caso colombiano, y sin pretender hacer un análisis comparado con el caso peruano, este capítulo se propone desarrollar algunas tesis sobre el proceso de construcción de la que hemos llamado "la revolución imaginada" y su camino hacia la "revolución frustrada". Basta simplemente señalar que se trata del proceso construido en los discursos políticos del siglo XX, tanto por los discursos liberales como por los conservadores. Los primeros exaltan la "República Liberal" como una especie de panacea fundadora de la modernidad después de la "noche oscura conservadora", imaginando una "revolución en marcha" constructora de las grandes reformas, que se frustrarían con la caída de la República Liberal, en 1946, y la irrupción del periodo de La Violencia.

Este es un orden tradicional de un discurso que favorece la imagen partidista, bien sea del liberalismo "progresista" o del conservatismo que se refugia en las violencias liberales que se desataron en la transición de Olaya, en la falta de garantías políticas que se dieron durante los años de la abstención (1934-1939), en el desorden creado por las políticas de "la revolución en marcha", vista como una alianza de liberales y comunistas, el Frente Popular, que llevó al crecimiento de los movimientos sindicales y a la construcción de un gran "complot" revolucionario, que, con la metáfora española, se transformó en un "plan secreto" dirigido desde Moscú para destruir la república católica forjada desde la Constitución de 1886, con reformas anticatólicas contra el Concordato con el Vaticano, la ley de tierras y el favorecimiento de las huelgas y el desorden.

Había que restaurar el antiguo orden católico frente al poder oculto de la masonería, el judaísmo internacional, el liberalismo y comunismo, que Aliados eran los responsables de la destrucción de la patria, del derrumbe del orden terrateniente y patronalista tradicional. Habían llegado los mismos fantasmas que llevaron a las potencias a la guerra mundial.

Pero la realidad era más compleja que esas visiones lineales y fantasmagóricas de un complot universal. La modernización, que se reflejaba en la urbanización y la precaria industrialización; la organización obrera y campesina, inevitable frente a tan profundas

transformaciones, y la reivindicación nacional e internacional de derechos y conquistas sociales fueron vistas como una gran amenaza que había que conjurar. Luego de la tragedia que llevó al país al abismo de La Violencia, todo tiende a justificar las acciones de los bandos que juzgan desde sus lógicas al contrario como culpable. La dificultad radica en comprender históricamente lo que realmente sucedió.

En blanco y negro, los conservadores también imaginan la República Liberal como una revolución que condujo la nación a un "gran desorden", ante el cual hubo que anteponer un proyecto restaurador ejemplificado en la consigna "*de la revolución, al orden nuevo*", en el mismo sentido que entendieron el "*Estado de orden novo*", tomado de los discursos fascistas europeos. Ambos campos discursivos, de alguna forma, imaginan que en Colombia, de manera positiva los unos, y negativa los otros, hubo una revolución; los unos para profundizar en sus transformaciones, y los segundos para impedirla y conjurarla. Pero lo cierto es que en Colombia no hubo más que una revolución imaginaria, que solo existió en los discursos de los unos y los otros, pero que sí condujo a una gran contrarrevolución con sus horrores. Pero simplemente, todo ello era la combinación y el encuentro de nuestras contradicciones tradicionales, las mismas que iluminaron las guerras civiles del siglo XIX, pero entremezcladas con la llegada de nuevas ideologías de las derechas y las izquierdas mundiales.

Las nuevas derechas: el modernismo reaccionario

Las nuevas derechas que irrumpieron con el fascismo ya no reivindicaban la lucha romántica por el regreso al antiguo régimen; a diferencia de las derechas de Joseph de Maistre, del siglo XIX, habían abandonado la obsesión por el retorno a la monarquía. Contradictoriamente, hoy podríamos hablar del surgimiento de una derecha moderna que aceptaba un Estado Nuevo y, selectivamente, algunos rasgos de la modernidad, pero también añoraba románticamente el pasado. Aunque estos modernistas ya no deseaban el retorno a las cortes –a excepción de España, cuya experiencia republicana acababa de nacer, luego de una corta experiencia fracasada en la llamada Primera República (11 de febrero de 1873 - 29 de diciembre de 1874), cuando el pronunciamiento del general Arsenio Martínez-Campos Antón dio comienzo a la restauración borbónica–, constituían una nueva expresión del romanticismo inspirado en el nacionalismo a ultranza, la raza, la restauración de los viejos imperios –rasgo al que en adelante denominaremos romanticismo imperial, pues España añoraba el imperio hispánico "donde nunca se ocultaba el sol"; Alemania, el sacro imperio germánico; Italia, las fronteras del imperio romano, y Japón, el imperio del sol naciente, sin competencia en todo el oriente, desde Rusia y China hasta Filipinas–. Imperios que tal vez existieron en el pasado, pero que era imposible reconstruir en el siglo XX; solo era una ilusión romántica, y, sobre todo, se apoyaba en una nueva concepción del Estado totalitario, sin República y, claro está, ausente de toda forma de democracia, que a cambio de-

legaba la representación de la nación no en los partidos, sino en las corporaciones y los gremios, tal vez con añoranza de las tradiciones medievales, pero otorgando el poder total al caudillo: el "duche", en el caso italiano; el "Führer", en el alemán, o el "generalísimo", en el caso de España. Pero lo que los definió fue su posición frente a la modernidad.

"Los modernismos reaccionarios"⁶⁴ fueron proyectos políticos, a su manera, revolucionarios nacionalistas que se caracterizaron por su rechazo a la modernidad democrática o liberal, representada en la Revolución Francesa y a una "proclamada modernidad socialista", representada en la Revolución de Octubre; al igual que a las realidades derivadas de la Revolución Industrial, y a los avances científicos, pero, de manera contradictoria, con fe ciega en la técnica.

[...] los modernistas reaccionarios eran nacionalistas que convirtieron el anti capitalismo romántico de la derecha alemana en algo alejado del pastoralismo orientado hacia atrás, apuntando por el contrario hacia los lineamientos de un orden hermosamente nuevo que reemplazaba al caos informe generado por el capitalismo, por una nación unida, tecnológicamente avanzada[...] pugnaron por una nación desde la derecha que restablecería la primacía de la política y el Estado sobre la economía y el mercado, que sí reintegraría los lazos existentes entre el romanticismo y el rearme de Alemania [...] estos pensadores se veían a sí mismos como revolucionarios culturales que trataban de consignar el materialismo al pasado. En su opinión, el materialismo y la tecnología no eran en modo alguno idénticos⁶⁵.

Al igual que los discursos revolucionarios, los de los modernismos reaccionarios apelaban al pueblo para ratificar su poder, exaltando su fuerza, su conductamasa, la violencia, la sangre, el martirio, el arrojo, el honor, etc. –valores antimodernos–, como expresión de uno de sus rasgos fundamentales: el irracionalismo; sus elementales planteamientos sobre el pueblo y la masa, tanto en Hitler como en Mussolini, constituyeron un método de movilización y de adoctrinamiento. Así lo transmitía el Duce:

[...] La masa tiene necesidad, por su mismo torpor intelectual, de un cierto período de tiempo para estar en condiciones de aprender una cosa [...] Su memoria se pone en movimiento solo después de que mil veces le han sido repetidos los conceptos más sencillos⁶⁶.

64 El sociólogo Jeffrey Herf, dentro de la mejor tradición de crítica de la sociedad de la Escuela de Frankfurt, construyó el concepto paradójico de "modernismo reaccionario" para explicar la forma como la extrema derecha alemana incorporó los aportes de la Ilustración de manera parcial y distorsionada a su particular concepción de vida moderna. HERF, Jeffrey. *El Modernismo Reaccionario. Tecnología, Cultura y Política en Weimar y el Tercer Reich*. México, FCE, 1990, pp. 17 ss. Esta es una de las principales ideas de este que consideramos es un concepto central en este trabajo.

65 *Ibidem*, p. 19.

66 Citado por ANGELOZZI GARIBOLDI, Giorgio. *Pio XII, Hitler y Mussolini*. Barcelona: Acervo, 1988, p. 25.

Desde otra óptica, los oradores se planteaban su relación con la multitud como una forma de seducción, pero más que eso, de dominación:

[...] La psique de las multitudes no actúa ante un estímulo que se muestra débil y moderado. La masa es como una mujer que prefiere someterse a los fuertes antes que a los débiles [...] también la multitud prefiere al dominador que al mediador⁶⁷.

Idea que es tomada de Mussolini, el maestro. Hitler tomó la experiencia del ascenso del Duche, emergiendo desde los orígenes y la tradición socialista, pues también fue militante en su juventud de un partido obrero, hasta llegar a la cima del segundo Estado fascista, apelando a la seducción y dominación del pueblo.

Es así como desde la década de los años veinte estas ideas se habían arraigado en núcleos de jóvenes nacionalistas conservadores, que las difundían en las filas conservadoras. En los años treinta su prestigio creció, especialmente con el triunfo de Hitler en 1933, luego, con el estallido de la Guerra Civil Española y el triunfo de Franco y con la expansión del eje Roma-Berlín, que incluyó a Madrid, antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, y a Tokio, después. El prestigio de las ideas fascistas solo decae en la fase final de la segunda guerra; entre tanto, muchos líderes latinoamericanos, y de otras partes del mundo, que creyeron triunfador al eje, se alinearon, oportunistamente, muchas veces, con los supuestos triunfadores, y mientras tanto su prestigio creció como la espuma, influenciando la política interna de sus países y, como en el caso colombiano, introduciendo doctrinas y métodos de lucha frontales contra la democracia, instrumentando la acción directa y los métodos radicales y la apología de la violencia. Es en medio de estas tensiones que comienza la década del resurgimiento y decadencia, en un mismo acto, de la República.

67 *Ibidem*, p. 26.